
LAS CELEBRACIONES EN CHILE POR LOS TRIUNFOS DE CHORRILLOS Y MIRAFLORES

POR EDUARDO ARRIAGADA ALJARO*

Durante nuestra historia nacional –especialmente durante el período republicano—cada cierto tiempo han tenido lugar ocasiones de festejos colectivos por circunstancias extraordinarias. Las ha habido, por ejemplo, con motivo de triunfos deportivos a nivel internacional, por premios obtenidos en el mundo del arte y la cultura –también a nivel internacional--, por otros galardones relativos al ámbito del espectáculo, etc.

Sin embargo, en nuestro pasado, especialmente en el siglo XIX, tuvieron lugar celebraciones masivas por sucesos que en el día de hoy son casi totalmente desconocidos para el común de los chilenos: se trata de victorias obtenidas en las guerras que tuvieron lugar en la centuria decimonónica.

Lo anterior es algo natural, pues –felizmente—durante el siglo XX y hasta la actualidad no tuvimos guerras externas; por ello las celebraciones por victorias militares son para la sociedad actual completamente desconocidas. Pero la realidad del Chile del siglo XIX era muy distinta: durante ese siglo el país enfrentó numerosos conflictos –podría decirse incluso que no hubo generación de chilenos que durante ese siglo no hubiera tomado las armas--, por lo cual sus respectivos desenlaces podían ser causa de alegría colectiva, así como también de frustración general.

Celebraciones por victorias militares hubo varias: destacan las ocurridas en Santiago luego de las batallas de Chacabuco y Maipú –en los años 1817 y 1818, respectivamente, siempre en el marco de las guerras de Independencia--, que culminaron con los triunfos patriotas; el siguiente hito fue con el triunfo obtenido en Yungay –en 1839--, en el marco de la Guerra contra la Confederación Peruano – Boliviana; y, por último, destacan los festejos por las victorias obtenidas en las batallas de Chorrillos y Miraflores, en el marco de la Guerra del Pacífico.

Centremos nuestra atención en estos dos últimos hechos de armas. Podría decirse que, dada la magnitud del esfuerzo bélico desplegado por nuestro país en la Guerra del Pacífico, las victorias de Chorrillos y Miraflores fueron, por lejos, las más celebradas en nuestro país. Y los motivos para ello no eran menores: el país se alzaba triunfante en una guerra con otros dos países y emergía como potencia a nivel sudamericano; por otra parte, Chile quedaba con la soberanía sobre los territorios de Antofagasta y Tarapacá y, por consiguiente, dueño de la riqueza salitrera. De hecho, se puede decir que la década de 1880 en nuestro país ha sido uno de los períodos más afortunados de nuestra historia, pues tanto el norte salitrero como el sur agrícola nunca se habían complementado de manera tan efectiva, teniendo

* Licenciado en Historia UC, Magíster en Historia Militar y Pensamiento Estratégico ACAGUE, e investigador de la Academia de Historia Militar.

como resultado un enorme incremento de la riqueza tanto pública como privada, lo cual quedó plasmado, por ejemplo, con la enorme cantidad de obras públicas que se construyeron en esos años, y también con el esplendor de los palacios y mansiones que entonces se edificaron, especialmente en Santiago y Valparaíso.

¿Cuál fue la reacción de la sociedad chilena cuando –mediante el telégrafo—se conocieron en nuestro país los desenlaces de las batallas de Chorrillos y Miraflores?

Gonzalo Bulnes, el más destacado historiador chileno que ha escrito acerca de la Guerra del Pacífico, da cuenta de la sensación de ansiedad que había en nuestro país antes de conocerse estos resultados:

“La noticia de la toma de Lima despertó en Chile el entusiasmo que es natural suponer. Desde que se supo el desembarco del Ejército en Curayaco, el país vivió pendiente del gran problema, sacando cuentas de la distancia por recorrer y del tiempo que exigía la movilización, lo que mantenía el espíritu nacional en un grado de tensión casi delirante, que no se disipó sino en la tarde del 19 de enero con la entrada a Coquimbo de un buque empavesado, noticia que circuló como un rayo por toda la República...”

A continuación, este autor cita una misiva del presidente de la República, Aníbal Pinto, dirigida al Ministro de Guerra y Marina en Campaña, José Francisco Vergara:

“El 19, a eso de las 8 de la noche, se me apareció el telegrafista agitado, casi sin poder hablar, con un parte, ¿Qué hay? le dije; ¿buenas o malas? Balbuceando me contestó: parece que son buenas. Tomé el papel y vi que en él me decía don Antonio Alfonso que se divisaba un vapor enfarolado. Pocos momentos después volvió con otro parte en que decía que el vapor disparaba voladores. Hice llamar a los ayudantes de la Comandancia para disponer que los artilleros estuviesen listos en la Santa Lucía para hacer una salva; mandé llamar a los Ministros y al Intendente. En el entretanto había brotado en la plazuela de la Moneda un enjambre de chiquillos que supieron, Dios sabe cómo, que había buenas nuevas y que principiaron a gritar vivas y a decir que se habían tomado a Lima. Pocos momentos más tarde la plazuela, los patios y piezas de la Moneda estaban llenos de gente que devoraban los telegramas que se sucedían. La noche entera fue de fiesta”

Sin duda que las imágenes que nos ofrecen estas fuentes son muy elocuentes: algarabía general, tanto de los altos sectores de la sociedad chilena, como del mundo popular. Y el motivo de tanta alegría no era en absoluto injustificado, pues nunca nuestro país había enviado tan gran contingente de hombres a combatir en suelo extranjero. Se sabía que la capital peruana estaba muy bien defendida, por lo cual la incertidumbre reinó tanto en la mente como en los corazones de los chilenos, partiendo por el mismo Presidente Pinto.

¿Qué nos dicen otros destacados autores que narraron la Guerra del Pacífico? Benjamín Vicuña Mackenna entrega también detalles sobre las reacciones en Chile de la siguiente forma:

“Al día siguiente de la batalla se enviaba también a Chile el primer aviso de la victoria, anuncio que enloquecería a la república entera en la noche del 19 de enero y en los días subsiguientes, y que sólo atenuaría el triste cargamento del navío conductor (el vapor ‘Itata’) de gloriosos heridos destinados en su mayor parte al cementerio. La primera noticia de las grandes victorias de Lima llegó a Santiago, vía de Iquique, a las 8 menos 5 minutos de la noche del miércoles 19 de enero, y fueron comunicados en el orden siguientes por el prefecto de Iquique”.

La sucesión de telegramas es bien curiosa, pues la buena noticia se fue revelando de a poco:

“Iquique, enero 19 de 1831.

(Recibido a las 7.55 P.M.)- Señor Ministro de Guerra: Viene un vapor lleno de luces.—Alfonso.

(A las 8.15 P.M.)—El transporte dispara voladores.—Alfonso.

(A las 8.15 P.M.)—El transporte fondea disparando los dos cañonazos. Indica buenas noticias.—Alfonso.”

Finalmente llegó a manos del Presidente Pinto la noticia de la victoria en forma escueta, pero contundente:

“(A las 8.50 P.M.)—Señor Presidente: Comunicación traída por ‘Itata’ muy larga: batalla en Chorrillos. Triunfo completo de nuestras armas. Seis mil hombres del enemigo entre muertos y heridos. Las pérdidas por nuestra parte son grandes y sensibles. Entre los prisioneros el ministro de la guerra Iglesias, un hermano de Piérola y muchos jefes de alta graduación. Por nuestra parte, comandante Yávar muerto a la cabeza de su regimiento que se ha llenado de gloria. Luego irá el parte oficial.—Alfonso”.

Suponemos que para muchos chilenos de entonces aquellas noticias tuvieron un sabor agrídulce, pues no evitaron pensar en la suerte que corrieron sus familiares y amigos que fueron a combatir al Perú.

Al revisar la prensa chilena de esos días, especialmente sus editoriales, también se advierte un inmenso ánimo de celebración por los triunfos obtenidos. Así, el diario “El Ferrocarril” del 20 de enero señalaba con entusiasmo:

“Que nuestros aplausos y nuestras aclamaciones lleven en esta hora solemne al ejército vencedor de Lima, la ofrenda entusiasta de nuestro patriotismo agradecido. Gloria mil veces al invencible ejército que acaba de dar el golpe de gracia a la soberbia enemiga. El tricolor chileno, ondeando en las orillas del Rímac y tremolando en las más altas cumbres de la altiva ciudad, será el eterno emblema de la gloria inmarcesible conquistada por la heroica abnegación de nuestro ejército. ¡Arriba los corazones! Demos desahogo a la emoción que hace latir nuestros

pechos en esta hora de felicidad suprema, victoreando a nuestro ejército y marina , enviando nuestras salutations entusiastas a los vencedores y rindiendo sentido y patriótico homenaje a los valientes que han sucumbido tan gloriosamente en la jornada.”

Se puede advertir en esta editorial un claro homenaje a los hombres de armas de nuestro país —militares y marinos— que hicieron posible estas victorias, incluyendo a lo que dieron su vida en los campos de batalla.

El periódico “El Independiente” fue también muy entusiasta:

“Chile está en la hora más solemne de su historia. Vencedor de dos repúblicas que juraron exterminarnos, su estrella brilla con magnífico resplandor en el cielo del continente. De hoy en adelante el nombre de este pequeño país tendrá que pronunciarse con respeto por todos los que, inspirados por el odio o el temor, no han cesado de pronosticar nuestra ruina en la lucha titánica que ya llega a su fin. ¡Lima ha caído! La victoria ha sido otra vez nuestra en la batalla más colosal que se halla librado en los campos americanos. Hemos luchado contra fuerzas inmensamente superiores, hemos ido a buscar al enemigo a su propia casa, hemos salvado trincheras, hemos peleado sobre centenares de minas cobardemente preparadas ¡Y hemos vencido!”

Se observa en este fragmento que la opinión pública de entonces estaba muy consciente del momento por el cual pasaba Chile. Como se dijo más atrás, estaba el país en un momento supremo de su historia y a la entrada de un período de prosperidad, y de prestigio político y militar a nivel internacional.

Por su parte, “El Mercurio” no se quedó atrás y en su editorial proclamaba:

“Por lo que hace a Chile, su gloria, al dar remate a la campaña con la rendición incondicional de Lima, es inmensa y no podrá nación alguna del mundo arrebatársela. Ha vencido a dos repúblicas de tres millones cada una. Ha destrozado cinco ejércitos: en el Buendía en Pisagua y Dolores; los de Montero y Campero en Tacna y Arica y los dos o tres con que Piérola se prometía vengar a su patria y resarcirla con usura de todas sus pérdidas. En el mar ha destruido la escuadra peruana, arrebatándole dos naves y echando a pique la que pasaba por la mejor de ellas. Por último, la bandera chilena flamea hoy desde el Estrecho de Magallanes hasta Lima y en todo ese larguísimo trayecto lo acompañan la admiración de los buenos y la confianza de los que viven a su sombra. ¿Puede haber mayor gloria? ¿Hay nación alguna de América que haya conseguido otro tanto? Tenemos derecho para enorgullecernos del esfuerzo titánico de nuestro suelo. Ha dado cuanto tenía, y su sangre, que aun está fresca en los campos de batalla, acredita que la dio sin tasa y sin más interés que servir a la patria idolatrada.”

Estas mismas muestras de alegría colectiva se dieron cuando el general Manuel Baquedano, acompañado de los cuerpos del Ejército desmovilizados, hizo su entrada a Valparaíso y

luego a la capital en el mes de marzo de 1881. Aquellos hombres de armas recibieron el reconocimiento público de la sociedad chilena, expresado en aclamaciones, arcos de bienvenida, discursos de las autoridades, etc.

Gonzalo Bulnes retrata esta ocasión de forma muy gráfica:

“Sería muy difícil rehacer el cuadro de entusiasmo que levantó en el viejo Chile la llegada de sus gloriosos hijos y describir todo lo que un pueblo puede exteriorizar en materia de cariño, orgullo y de admiración. “

A continuación describe lo que fue el recibimiento en Valparaíso:

“El Presidente de la República y el Gabinete se encontraron en Valparaíso para dar la bienvenida a los vencedores. Pinto dirigió sendas proclamas al Ejército y a la Armada con frases elevadas, recordándoles sus luchas y sus victorias. Al Ejército le decía: fuimos provocados a la guerra cuando sólo teníamos 2.000 hombres y el país con un patriotismo exuberante dio sus hijos sin contarlos y su sangre a torrentes.”

Luego retrata la algarabía general en la capital, donde las manifestaciones de contento se expresaron en todas partes y en cada rincón de la ciudad:

“El recibimiento en Santiago no fue menos grandioso. Baquedano vestido de gran uniforme con espada en mano, desfiló el 14 de marzo a la cabeza de los cuerpos que batían sus gloriosas banderas mutiladas, por el centro de la avenida principal de la ciudad, en medio de dos filas de palcos colocados entre los árboles, llenos con las familias mas importantes de la capital que sembraban de flores el camino que pisaba su caballo; mientras las bandas de los cuerpos de la guarnición tocaban las canciones de guerra, los cañones disparaban sus salvas de honor y el aplauso brotaba frenético de todos los pechos como una irrupción. Sería inútil referir las manifestaciones de aquellos días en las salas de banquete, en la Iglesia, en las calles , porque los entusiasmos populares se asemejan en lo bueno y en lo malo; en su aplauso caluroso al vencedor, y en su olvido a los preparadores de la victoria.”

Por último, no olvida mencionar los recibimientos en las ciudades cabeceras de provincia, donde el recibimiento fue muy emotivo y también muy íntimo:

“Escenas más tiernas que estos legítimos entusiasmos se desarrollaron en las capitales de provincias, donde fueron a licenciarse los cuerpos que habían llevado su nombre, los que habían paseado por los desiertos el orgullo de sus pueblos natales. Aquello tenía los caracteres de una tierna fiesta de familia: el abrazo para los que vuelven, el llanto para los que allá quedaban.”

Queda claro la conmoción que los triunfos de Chorrillos y Miraflores causaron en la sociedad chilena y en sus gobernantes. Se puede decir que desde entonces muy pocas veces se han visto en Chile más grandes muestras de contento público y también privado.

Se volvieron a ver en el mes de septiembre de 1910, cuando se llevaron a cabo las celebraciones del Centenario Nacional de Chile. Para entonces los habitantes de Santiago se volcaron a las calles y lugares públicos para expresar su contento por los cien años de vida independiente. Y nuevamente tuvieron un gran papel los militares y marinos chilenos de entonces, quienes protagonizaron un gran despliegue de fuerzas tanto en Santiago como en Valparaíso.

También se pueden señalar, como tercera gran ocasión, las celebraciones públicas llevadas a cabo en el año de 1926, con motivo de la coronación de la Virgen del Carmen en el Parque Cousiño – donde se estima que se congregó más de medio millón de personas--, y que también constituyeron las siguientes grandes muestras de entusiasmo colectivo.

Estas ocasiones de celebración que recordamos en este trabajo nos muestran cuán grande es la felicidad de los chilenos cuando se sienten parte de una misma colectividad: la nación chilena. Ojalá que el futuro nos depare nuevos motivos de contento público, que contribuyan a la unidad nacional y a la cohesión social, en un mundo cada vez más complejo y globalizado.